
EL GRAN TEATRO DEL MUNDO CALDERÓN ATENUADO

FOTO: SERGIO PARRA

A telón corrido, un actor toca una campanilla. A diferencia de **Glori**

a Navarro

, jefa de

sala de La Abadía

, que lo hace para anunciar que el espectáculo va a empezar, aquí es para llamar la atención de los espectadores. Acto seguido, anuncia con voz de pregonero que se va a representar

El gran teatro del Mundo

,

de

don Pedro Calderón de la Barca

, y advierte que lo que se ofrecerá es, en realidad un ensayo. También que, por ello, se producirán algunas alteraciones del texto, es decir, que se trata de una versión libre o de “una propuesta sobre...”, como se indica en el programa de mano. Quien avisa no es traidor. Así pues, lo anunciado de viva voz se confirma. En escena aparecen los actores que representarán la obra y, con ellos, el mismísimo

Calderón

, en funciones de autor del texto y director del espectáculo. El resultado es la transformación de un auto sacramental en comedia. A esa sorprendente mudanza de género, no es fácil encontrarle explicación. En su empeño por dar con ella, el crítico no entiende que, ante al ofrecimiento de que asumiera a los ochenta y un años, por vez primera en su vida, la dirección de una obra con texto,

Carlos Saura

, uno de los grandes de la cinematografía española, se haya decantado por esta de alto contenido teológico, aunque se trate de una de las joyas de nuestro teatro clásico. Por su temática y estructura, lo normal es que hoy en día la representación de

El gran teatro del Mundo

se circunscriba a efemérides religiosas o a festivales de teatro clásico. En los tiempos que corren, tiene difícil encaje en la programación de cualquier teatro, sea público o privado, máxime si la permanencia en cartel ha de prolongarse durante un mes.

En esta línea de conjeturas, al crítico se le antoja que, en su fuero interno,

Carlos Saura

desconfiaba de la acogida que pudiera tener la pieza de

Calderón

y que tomó la decisión de buscar una fórmula que pusiera acción donde no la había e hiciera más digerible el texto, que le parece grandilocuente. Algunas declaraciones suyas avalan tal hipótesis. A rebajar la carga filosófica encerrada en los versos de

Calderón

contribuye su versión, que él mismo ha calificado de libre y a veces poco respetuosa. Consigue su propósito añadiendo, al rechazo o la aceptación de los personaje del papel que les ha tocado en suerte, las reacciones de los actores que los van a representar, mucho más a ras de tierra y triviales. De ese modo, se alterna el discurso profundo de los personajes de

Calderón

, arquetipos de la pirámide social, con las batallas profesionales de los actores en torno a la relevancia de sus respectivos papeles, sus quejas sobre las dificultades para entender y decir el verso de

Calderón

, los reiterados enfados del dramaturgo cuando no se siguen al pie de la letra sus instrucciones u observa falta de disciplina y algún debate de manual sobre el arte de la interpretación a la manera en que lo hacían los cómicos de

Hamlet

. Los diálogos que salpican el ensayo son la puerta de entrada de la comedia al espectáculo.

Pero, al fin y al cabo, lo que importa son los resultados. El combinado de drama y humor y el ir y venir del estatismo del auto a la frenética actividad de los actores –escena de discoteca incluida - no funciona. Los añadidos de

Saura

eclipsan, aunque no borran del todo, a

Calderón

, cuya obra es representada de forma fragmentada. La puesta en escena se acerca más al minimalismo que a la parafernalia barroca, siendo el elemento escenográfico más relevante una doble pantalla en la que se proyectan imágenes siderales, impresionantes paisajes de nuestro planeta, incluida una vista de un bosque de rascacielos, y en algunos momentos, las agigantadas siluetas de los actores. Estos se enfrentan al nada sencillo reto de transitar desde el desenfadado tono del ensayo al rigor que exige la representación del drama sacro. En general, salen airoso del trance. En el haber de

Saura

hay que anotar dos momentos de gran belleza plástica: la escena congelada en la que los actores componen el retablo que se reproduce en los afiches y en el programa de mano y la danza de la muerte interpretada por los actores convertidos en esqueletos animados. También es un acierto la incorporación del canto flamenco en las postrimerías del espectáculo y la canción de

Mercedes Sosa

que le abre y cierra, en la que alude a que, en este mundo, todo cambia: lo superficial, lo profundo y el modo de pensar.

Escrito por Jerónimo López Mozo

Martes, 09 de Abril de 2013 18:16 - Actualizado Martes, 09 de Abril de 2013 20:38

FOTO: SERGIO PARRA



FOTO: SERGIO PARRA



Más información

[El Gran Teatro del mundo. Calderón/Saura](#)

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

Copyright©lópezmozo



Matadero madrid naves del español
paseo de la chopera , 14
<http://www.munimadrid.es>



28045 - madrid metro